

CARMEN CASTRO.

## EL AMBIENTE EN UNAS OFICINAS

### EL SITIO

Unas tierras que fueron de Osuna: finca "El Capricho", más conocida por "la Alameda de Osuna".

Así era la Alameda cuando Goya llegaba. Así la refiere Ramón —Ramón Gómez de la Serna—, otro casticísimo y clásico:

"Goya sale carretera de Aragón arriba en su góndola alborotada, que naufraga en cada releje y se salva en cada jiba sobremontada, diciendo que no al paisaje en los zarandeos, valientes las mulas como si tirasen de un cañón y le hiciesen ir ganando posiciones.

En el desarbolado Madrid, después de una hora de camino, se enfoca la arboleda de El Capricho, cipresal inmenso que achica el pasillo entre árboles como si se entrase en un laberinto o en un refugio unido de los mundos, formada una puertecita que degrada las cosas allí al fondo, donde la verja luce sus letras de bordado forjadas por el herrero en el cañamazo de la época.

Goya era llevado por los duques, aprovechando los días claros y buenos, para que tuviese reposo en todos aquellos rincones y pintase a los dueños aprovechando la bonanza de las plazoletas..."

¿Qué había en la Alameda?

"Era todo un país la Alameda, y en ella se jugaba a las aldeas y a las ermitas, porque entonces, con escasas diversiones, los mayores tenían que poseer juguetes..."

Cerremos aquella alameda-capricho:

"Cuando Goya volvía a Madrid encontraba la bruma trapera de la Corte, su otro color, su otra novelaría y esa maraña y conflicto de los espíritus complicando la vida, añadiéndola lo que no tiene el campo, mezclando a los reyes los que son más que reyes, los bohemios del vivir, inspirados, laboriosos, pero pobres siempre.

Para completar aquel capricho del bienestar inconsciente, Goya inventaba sus caprichos en que la otra vida, la

vida de la verdad anchurosa, rebullía en los fosos; quería proclamar deseos mayores y mover en vital retruque las pasiones más verdaderas."

Por el cielo, los vuelos de los hombres.

En aquel tiempo, en tiempo del último Osuna, también era vuelo hacia lo maravilloso esta Alameda a las puertas de Madrid. Era el despegue de un vuelo sin suelo seguro para asentarse al retorno. Es inútil que en todos los palacios de Osuna esté puesta la mesa a toda hora por si el duque llegare. No hay firme para este Osuna. "Dar es señorío; recibir es servidumbre," Los siervos no crean ciertamente segura acogida para el retorno del señor.

Tal era el rumbo de vuelo que llevaba por el tiempo adelante el excelentísimo señor don Mariano Francisco de Borja José Justo Téllez-Girón y Beaufort, XII duque de Osuna, XVII conde y XIV duque de Benavente, XV duque del Infantado, XVI duque de Gandía, XIV duque de Arcos, XII duque de Lerma, XIV duque de Medina de Rioseco... Y supónganse dos páginas de esta revista de títulos y más o menos se habrán citado cuantos poseía este Girón, que heredó una renta anual de cinco millones y murió a los sesenta y ocho años, en 1882, dejando un pasivo de cuarenta y cuatro.

Un cronista de la época dice de la Alameda—la cita y el comentario, en Antonio Marichalar—: "Capricho costosísimo y que con todas sus bellezas es una de las anchas grietas por las que se va desmoronando esta insigne casa de Osuna." La fastuosidad era incalculable en la Alameda. "No era ya sólo el gasto necesario (cerca de cincuenta mil duros), sino que cada día iban a visitar la posesión gran número de invitados. Pues bien: según rezan las tarjetas, tenían ellos y las personas que les acompañasen derecho a pasear en carruaje, embarcarse, mecarse en los columpios, etc., y comer en el palacio, donde a diario se servía al efecto una suntuosa comida, que presidía el apoderado."

Lo citado es reflejo del fasto fantasmagórico con que el duque sirvió a España. La sirvió, sirviendo su propio gusto, en Londres, en París, en Alemania, en Rusia. Sobre todo en Rusia hizo alarde de ser más en toda hora y allí se fraguó definitivamente su ser, puro personaje que casi parece no estar montado sobre



cuerpo de persona. Sirvió a España. También en 1875, primera República. Presidió dignamente la Comisión de España en la Exposición Universal de Viena. Dice un periódico de la fecha: "Constantemente ha servido con absoluta generosidad a su país... Se trasladó a Viena para influir con el prestigio de su nombre y los lazos de afinidad que unen a su joven y bella esposa con la familia imperial austriaca en pro de los intereses españoles. Honor, pues, se complace en tributar aquí *La Ilustración Española* a tan ilustre patricio en nombre de la industria y el comercio, por él honrados."

Y este rasgo casi último de Osuna fue natural en él, porque el dandy de los dandys había sido bautizado en las Vistillas y es aire que afina el sentir de lo debido al pueblo.

Antes de que se fuera fraguando la ruina de la Alameda con este XII duque de Osuna, su hermano mayor, el XI duque de Osuna, había incindido en las cortezas de muchos árboles de la Alameda un nombre: Inés. Y alguno de ellos fue testigo del ataque fatal (agosto de 1844). Tenía el duque treinta y cuatro años, toda la apostura, todo el estilo del tiempo, y aun su muerte debió ser causada por la enfermedad del tiempo, el mal del siglo.

Por entonces también empezaría a correr entre las sombras de frescor, por la Alameda, la niña predestinada: Eugenia de Montijo.

En nuestro tiempo, el nombre de Barajas, el pueblo de la Alameda, es casi tan conocido como fue en su día el nombre de sus señores: Osuna. Acaso dentro de poco tiempo la Alameda de Osuna sea lugar muy señalado internacionalmente. Una dirección marcada electrónicamente en papeles graves. Será un nombre conocido, pero no recordará ya en muchos las venturas y desventuras de la casa de Osuna.

Calderón diría "sincopado el tiempo". Dejemos lo pasado del todo en su romántica presencia y en su sentido real, histórico, que sigue incidiendo sobre nosotros hoy, queramos o no queramos.

La tarde de Madrid sigue siendo atrayente. Todavía puede la luz propia del espacio con las luces de nuestra ciudad. El parque adelanta sombra de anochecido. El jardín, a la vera del parque, es verde, y los rosales y los arbustos ponen más color.

La funcionalidad del jardín—hoy—estriba en servirnos de temple-nervios con su pura presencia a cuantos trabajamos en sectores no jardineros. Para el hombre de hoy, más que nunca, es verdad que

"Una rosa es una rosa, es una rosa, es una rosa..."

Jardín de la sede social de Dragados y Construcciones. Hay agua rociando la yerba y ruido de surtidores en estanque. Agua y estanque más funcionales todavía que el jardín que completan: son parte esencial del acondicionamiento térmico, ventilador, climatización, etc., de esta nueva casa, morada de D. y C.

Dragados y Construcciones. Sus años de vida: veintiocho. Sus títulos de nobleza: sus obras. Nobleza cervantina: "Cada cual es hijo de sus obras. Si los títulos de Osuna llenan páginas, ¿cuántas más no llenan las obras hechas—bien hechas—por Dragados y

Construcciones? Imposible hacer la lista de esas obras que acondicionan mares en sus puertos, industrias, caminos, residencias..., construyendo lo necesario allí donde se les pide que draguen, construyan instalen... En España, en Oriente Próximo, en Europa, en América...

Lo importante, sin embargo, no es la cifra de obras.

—¿Qué diría que están haciendo Antonio Durán y su gran equipo?

"—Prestando un servicio al país en el interior y en el exterior. Fuera de España se nos oye, se nos escucha..."

—¿Cómo trabajan?

"—Con espíritu deportivo. Con un equipo fenomenal (fenomenal es el adjetivo del día). Con personas que viven la empresa como suya, con espíritu de compenetración."

En una palabra: dentro de un ambiente adecuado.

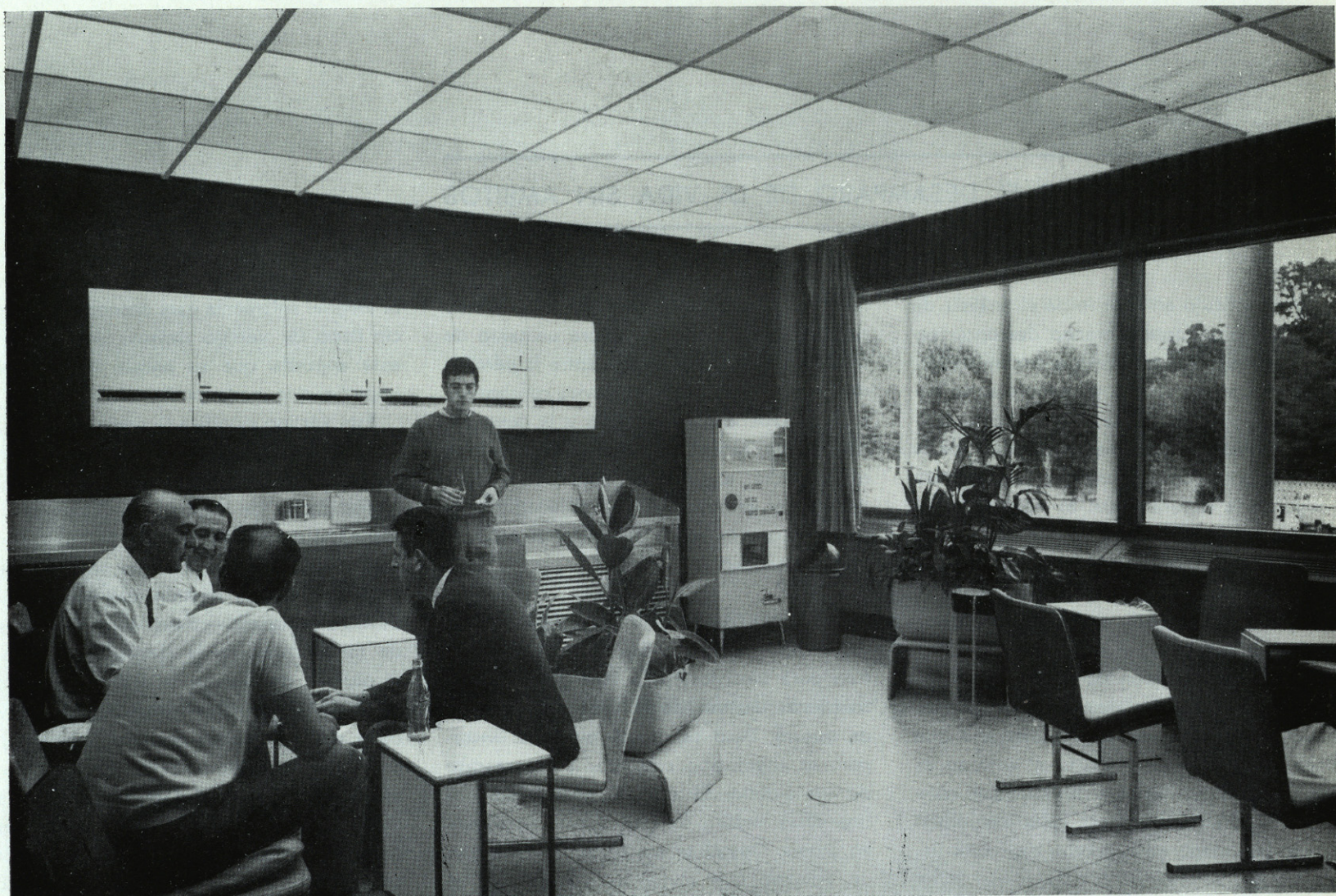
Tan cierto es que la empresa D. y C. tiene un ambiente suyo, peculiar—fenomenal—, que Javier Ramos, arquitecto, para hacer el edificio social de la empresa sólo tuvo que situar en el paseo de la Alameda de Osuna un ambiente y procurar protegerlo contra el ambiente exterior y ajeno a ellos.

Durante tres años consecutivos, de plena dedicación, Javier Ramos y su equipo no han hecho sino pensar, proyectar y cuidar la realización de esta construcción. Han buscado colaboración de cuantos podían ayudarles a mejor aprehender el ambiente que se buscaba. Y el resultado es una construcción perfectamente concertada con el sitio en que surge: exigente, entreverado de vida y vida cara al espacio transitado. Tienen gracia las pestañas verticales que protegen la mirada hacia el exterior del edificio y parpadean a quien llega a verlo. Son gratas las esquinas matadas (que no lo fueron por gusto, sino por razones funcionales, ¡no faltaría más!). El rumbo y gracia de nuestra actual arquitectura consiste en que parezca capricho lo que es razón esencial de su estructura. Todos sabemos que cada forma de la Naturaleza tiene una justificación funcional, pero ¿no es más grato pensar que la abeja es peluda para decirnos que ella también se viste de terciopelo?

Tres plantas unificadas ofrecen puestos de trabajo—perfectamente cómodos—a 430 empleados. El trabajar exige descansar a veces. Las zonas de relax—y no de relajo—están en toda hora a disposición de quien quiera poblarlas. Son usadas. No hay uso abusivo de ellas.

Escaleras mecánicas. Moqueta color dorado Gcya. Mullida moqueta que facilita el pisar y se traga toda vibración molesta. Mesas, sillas, sillones, máquinas, ficheros, archivos, se van situando donde conviene, envueltos, rodeados, mediositiados por biombo bien curvados, de altura suficiente y no excesiva, que confieren el deseado apartamiento y la debida comunicación. Parte esencial del acondicionamiento del lugar son las plantas vivas, escogidas y sentidas por todos como necesarias allí. (Y ante estos conjuntos de plantas vivas surge en mí la imagen que me desconcierta siempre: los japoneses inventando la planta y la flor de plástico,





que crean en torno clima de museo de figuras de cera, cuando menos para mi sensibilidad.)

Silenciamiento justo en el recinto. Calor, frío, humedad, control de vibraciones, facilitan, con la luz y la suavidad o dureza de los materiales que están presentes, el buen funcionamiento de las inteligencias y garantizan un desgaste mínimo de nervios en cada situación de trabajo. Sabido es que en todas partes se cuidan las condiciones de los recintos en que se han de aposentar los cerebros electrónicos: su frío, su humedad, su sosiego, por así llamar al control de las vibraciones. Pues bien: en Dragados y Construcciones de la avenida de Osuna se ha pensado en los cerebros humanos como si fueran más valiosos que los electrónicos, y por eso también se les ha puesto un colorido grato y unos sofás acogedores y... todo lo que allí puede verse y usarse.

Pero en la sede social de una empresa semejante es seguro que los máximos responsables en las horas decisivas serán corrientes eléctrico-nerviosas de altísimo voltaje. Para que los resul-

tados de estos esfuerzos sean en sí óptimos y no caigan además como descargas eléctricas sobre el equipo colaborador, hay una sala justa, aislada, acondicionada debidamente, donde toda decisión crucial tiene su ambiente y puede configurarse en obra.

Para todos cuantos estemos integrados en nuestro tiempo, una empresa que sitúa a todos sus componentes en el mismo plano de comodidad para el trabajo y en el mismo nivel de trato social es del todo satisfactoria. Hay lujo en el recinto, pero es sobrio, es unificante, se adapta a todos los niveles de mentalidad que allí trabajen, a ninguno puede desagradarle.

Al asomarse por las cristalerías desde el interior se ve el tupido arbolado—sí, todavía tupido en una parte—de la Alameda. Y se ve la extensión del aeropuerto. Y el jardín circundante, apacible.

Construir es la palabra clave. La consigna: para el bien de los más, mundo adelante.

Ejemplo de un ambiente logrado para el fin requerido.